

CAPÍTULO III

La psicología conforme á la ciencia de la naturaleza.

Errores en los ensayos de psicología matemática y conforme á la ciencia de la naturaleza.—Herbart y su escuela.—Necesidad de una crítica de la psicología.—Hipótesis acerca de la «esencia del alma».—Una psicología sin alma.—Crítica de la observación de sí mismo y de la observación mediante el «sentido interno».—El método de la ciencia de la naturaleza y la especulación.—La psicología de los animales.—La psicología de los pueblos; relaciones etnográficas de viajeros.—Influencia de Darwin.—El método somático.—Sobre el empleo de la experimentación.—La psicología empírica en Inglaterra.—Mill, Spencer, Bain.—La estadística moral.

¿Qué dirá la psicología si comenzamos por relegar al segundo término la faz interna, subjetiva, de la esencia humana? Nuestro siglo, ¿no nos ha dado no sólo una psicología conforme á la ciencia de la naturaleza, sino hasta una psicología matemática? Existe toda una serie de hombres distinguidos por su inteligencia y su mérito que creen muy seriamente que Herbart, con sus ecuaciones diferenciales, ha fijado tan sólidamente el mundo de las ideas como Copérnico y Keplero el mundo de los cuerpos celestes. Esta es, en verdad, una decepción tan profunda como la frenología; en cuanto á considerar la psicología como ciencia de la naturaleza, se ha abusado de tal modo de esta especiosa definición que se corre el riesgo de traspasar todo límite ocupándose en ella; podremos, no obstante, conceder todo su valor á los intentos de un método realmente conforme con la ciencia de la naturaleza en las cuestiones psicológicas, y en varias partes conforme hasta con las matemáticas, sin abandonar por eso el punto de vista indicado más arriba.

Mencionemos, ante todo, el hecho de que la idea de la psicología no puede ser completamente limitada y perfectamente clara más que para la escolástica y para el pédante ignaro; es verdad que hombres serios y perspicaces han comenzado sus pretendidas investigaciones, conformes á la ciencia de la naturaleza, por un capítulo titulado «La esencia del alma»; pero no eran más que un eco de la metafísica huera de los escolásticos cuando se imaginaban poder obtener de ese modo una base sólida para sus investigaciones; se exceptúan, naturalmente, los casos en que la idea de alma no se discute más que histórica ó críticamente; pero todo el que principia con frases positivas acerca del alma y habla, por ejemplo, de su simplicidad, de su falta de extensión, etc., ó cualquiera que cree poder cuidadosamente circunscribir *a priori* el dominio de la psicología antes de comenzar á construir aquélla, puede estar seguro de que no tratará su asunto de un modo conforme á la ciencia de la naturaleza.

¿Qué se diría de un naturalista que comenzara por querer darse cuenta de la esencia de la naturaleza y que no creyera útiles sus investigaciones más que cuando tuviese una concepción clara de esa esencia de la naturaleza? La cosa se hace todavía más evidente en las cuestiones especiales. Si Gilbert no hubiera frotado sus pequeños trozos de ámbar antes de darse cuenta de la esencia de la electricidad, probablemente no habría jamás dado un paso importante en el conocimiento de la esencia de la electricidad. ¿Qué sabio se atreverá hoy á determinar con precisión lo que es el magnetismo? En las manos de los sabios la idea se transforma; la fuerza por la cual el imán atrae al hierro se hace una fuerza más general; la tierra está reconocida como un imán; se ha descubierto su analogía con la electricidad; el diamagnetismo es perseguido al través de una multitud de fenómenos sorprendentes; los brillantes descubrimientos de Oersted, de Faraday y Plücker, ¿se hubieran

verificado jamás si esos sabios hubiesen querido estudiar primero metafísicamente la esencia del magnetismo antes de comenzar sus investigaciones científicas?

Será un hecho notable de la fermentación filosófica de Alemania que un espíritu tan ingenioso como Herbart, un hombre dotado de tan admirable sagacidad crítica y tan versado en las matemáticas, haya podido concebir el pensamiento aventurado de encontrar, por medio de la especulación, el principio de una estática y de una mecánica de las representaciones; y lo que todavía es más sorprendente, que un espíritu tan esclarecido y dado á la vida práctica en un sentido eminentemente filosófico, haya podido perderse en la penosa é ingrata tarea de elaborar todo un sistema de estática y de mecánica del espíritu, según su principio, sin que la experiencia le haya suministrado la menor garantía de certidumbre.

Nosotros vemos aquí la extraña conexión que existe entre las facultades y los actos del hombre; que á Gall no le haya impedido inventar la frenología su gran experiencia y sus conocimientos vastísimos y especiales, se comprende fácilmente cuando se piensa en el carácter imaginativo, ardiente y creador de este hombre; pero que Herbart haya podido imaginar la psicología matemática, él, que poseía en un grado eminente las cualidades opuestas á semejante dirección del espíritu, esto será siempre un testimonio sorprendente de la intensidad del torbellino metafísico que envolvió por ese tiempo en nuestra patria hasta á los más recalcitrantes y les lanzó en la región peligrosa de los descubrimientos desprovistos de fundamento alguno.

Sea como quiera, los poderosos esfuerzos de Herbart merecen ser refutados de otro modo que con la simple indiferencia; en cuanto á las tentativas hechas hasta aquí por la crítica para eliminar victoriosamente la psicología matemática, tienen el defecto de perderse en toda clase de exposiciones y no señalar en modo alguno, ó no seña-

lar más que con una precisión insuficiente, la falta elemental de lógica cometida en la deducción de la fórmula fundamental. En una disertación especial (16) hemos tratado de llenar el vacío que aquí presenta nuestra literatura filosófica, porque el fallo que pronunciamos contra la psicología matemática no debe darse al público más que precedido de considerandos muy motivados; pero en este lugar el penoso trabajo de la demostración destruiría el encadenamiento de las ideas y faltaríamos á la concisión de nuestra crítica, que sólo se refiere al materialismo; si la psicología matemática tuviera algún valor nos sería preciso tenerla en cuenta, aunque sólo fuese porque nos daría la demostración más segura de la regularidad de todos los hechos psíquicos, regularidad que el materialismo tiene razón de afirmar, y al mismo tiempo tendríamos la refutación más completa de la reducción de todo cuanto existe á la materia.

Nos habría sido preciso al mismo tiempo modificar considerablemente la exposición que hicimos más arriba de las relaciones entre el cerebro y el alma, no pudiendo apenas la psicología matemática de Herbart separarse de su metafísica; pero actualmente la psicología matemática no existe para nosotros, suministrándonos únicamente un motivo para profundizar una vez más la tentativa de dar una base metafísica á la psicología, conforme al sistema de Kant; si más tarde todos los filósofos se pusieron de acuerdo para reconocer que no podemos saber nada de la causa última de las cosas, si decidieron colocar entre los instintos artísticos el instinto arquitectural de la especulación y si, yendo más allá que Kant en este punto, confesaron unánimemente que el deseo de unidad experimentado por la razón conduce siempre á la poesía y no viene más que indirectamente en socorro de la ciencia, entonces pudieron también poner en claro la metafísica de Herbart, sin temor de introducir la confusión en las ideas, y descubrir un punto que ofrece una analogía

notable con los principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza tal como la conciben los físicos matemáticos de nuestra época; lo que realmente existe, según Herbart, es una multiplicidad de seres simples que difieren sin embargo esencialmente de las mónadas de Leibniz; éstas producen el mundo entero en tanto que representación y, por el contrario, las «realidades» de Herbart están en sí completamente desnudas de representación; no obstante obran unas sobre otras y tratan de preservarse de esas influencias recíprocas.

El alma es uno de esos seres simples, una de esas «realidades» que entran en conflicto con otros seres simples; sus actos de conservación personal son representaciones; así como sin acción no hay reacción, del mismo modo sin perturbación no hay representación; muy nueva, seguramente, y no menos importante para la economía de la metafísica futura, es la teoría según la cual la esencia de la actividad psicológica consiste en la reacción contra una acción externa; hace falta compararla necesariamente con la opinión de los teóricos modernos de la doctrina molecular, según la cual la idea de fuerza no se aplica en modo alguno á un átomo discreto, sino más bien á las relaciones recíprocas de muchos átomos; Herbart no ha comprendido jamás, sin duda, que hubiera debido decir con más lógica que todas las representaciones no se encuentran en el «alma», ser simple, sino que son relaciones recíprocas entre las realidades discretas como las fuerzas físicas entre los átomos; haciendo de este modo lógico su pensamiento fundamental, Herbart hubiese evitado numerosas contradicciones que resultan de que el alma haya de ser simple é inmutable, sin estados interinos y, no obstante, llevar en sí misma representaciones; obtiene por ahí una especie de inmortalidad del alma que equivale á una muerte eterna, si no encuentra otros seres simples en tan estrecha relación con ella como los elementos de que se componen los cuerpos; esto

se llama pagar demasiado cara una idea demasiado huera.

Como de la escuela de Herbart han salido en gran parte las tentativas para fundar una psicología conforme á la ciencia de la naturaleza, importa poner en relieve las contradicciones latentes, inseparables de la hipótesis de un alma absolutamente simple y teniendo no obstante representaciones. Lo que es absolutamente simple no es susceptible de modificación alguna interna, porque no podemos imaginarnos una modificación más que bajo la forma de un desplazamiento de las partes. Herbart no dice que las realidades obran unas sobre otras, sino que sufren acciones recíprocas, si no oponen resistencia por un acto de conservación personal; ¿como si esto no fuese sencillamente admitir acciones recíprocas!

Waitz da mucho valor en su psicología á la diferencia entre las disposiciones á un estado y los estados reales; así pasan las cosas en metafísica; el alma no debe tener estados, pues, si se los diésemos, su unidad absoluta desaparecería; pero disposiciones, ¿esto ya es diferente! Y «tendencias», ¿por qué no? El metafísico consume una enorme cantidad de inteligencia en refutar todas las demás opiniones y, cuando desarrolla su propia teoría, da una voltereta lógica de las más vulgares. Cualquiera comprende que la disposición á un estado es también un estado, y que no es posible imaginarse la conservación de sí mismo contra una acción amenazadora sin una acción real, por imperceptible que sea; esto es lo que no ve el metafísico; su dialéctica le ha lanzado al borde del abismo; retrocede y vuelve mil veces, rechaza todas las ideas y, en definitiva, hay que decidirse, porque es preciso absolutamente saber algo; de esta manera es como se cierran los ojos y se da atrevidamente el salto peligroso desde las alturas de la crítica más severa á la confusión más vulgar de la palabra y de la idea; si esto sale bien, se prosigue alegremente el camino; cuantas más contradiccio-

nes se admiten en los primeros fundamentos tanto más libremente se sacan después las conclusiones, así como se pueden deducir las cosas más curiosas de proposiciones matemáticas que contengan el factor cero como desconocido. El mismo Herbart dijo un día que en vez de escribir, como Carus, una historia de la psicología, valdría más hacer una crítica de ella; sospechamos que si ahora se escribiese no quedaría gran cosa de toda esta pretendida ciencia.

Sin embargo, la psicología conforme á la ciencia de la naturaleza existe en germen y la escuela de Herbart forma en Alemania una importante cadena de la época de transición, aunque aquí la ciencia principia á desprenderse con trabajo de la metafísica. Waitz, pensador ingenioso, pero que evidentemente comenzó á escribir demasiado pronto, defecto común á los *Privatdozenten* como á los profesores extraordinarios, Waitz, que se congeló, por decirlo así, en el curso de su desenvolvimiento, se alejó de Herbart hasta el punto de rechazar la psicología matemática y de transformar toda la base metafísica de la psicología de Herbart en una pretendida hipótesis sobre la esencia del alma; cierto que con todo esto no se ganó gran cosa; fuera ya un progreso considerable si hubiese hipótesis claras en vez de dogmas oscuros y absurdos; pero, ¿qué hacer con una hipótesis sobre la esencia del alma ó simplemente con una hipótesis sobre la existencia del alma, cuando todavía sabemos tan poca cosa de los fenómenos aislados, á los cuales debe atender primero toda investigación exacta? En el reducido número de los fenómenos accesibles hasta aquí á una observación exacta no existe el menor motivo para admitir en general un alma, cualquiera que sea el sentido más ó menos preciso que se dé á esta palabra, y la razón secreta de esta hipótesis no se encuentra más que en la tradición ó en el deseo silencioso que experimenta el corazón de resistir al pernicioso materialismo; así nace un doble inconveniente;

la psicología conforme á la ciencia de la naturaleza se malea y falsifica; pero la salud, la salvación y el mantenimiento del ideal, que se creen amenazados por el materialismo, están desatendidos y se cree haber realizado un prodigio llevando una nueva demostración en favor del antiguo mito del alma.

«Pero la palabra psicología, ¿no significa teoría del alma? ¿cómo, pues, imaginar una ciencia, de la que no se puede decir si tiene ó no un objeto?» Pues bien, he aquí de nuevo una muestra notable de la confusión del nombre con la cosa; tenemos un nombre tradicional para un grupo de fenómenos considerable, pero vagamente limitado; este nombre proviene de una época en que no se conocían aún las exigencias actuales de una ciencia rigurosa; ¿debe rechazarse porque el objeto de la ciencia ha cambiado? Esto sería un pedantismo poco práctico; admitamos, pues, atrevidamente una psicología sin alma; la palabra puede servir aún, mientras haya que hacer algo de que no se encargue por completo otra ciencia; es cierto que del lado de la fisiología son difíciles de trazar los límites; pero no hay un mal grave en esto; aun cuando los descubrimientos mismos se hagan por dos caminos diferentes, no tendrán más que un valor; sin embargo, no se tiene la intuición exacta de esas relaciones más que preguntando cómo procede la psicología, porque entonces la famosa teoría del estudio de sí mismo está sometida al juicio de la crítica.

En cuanto al estudio de sí mismo—dice Kant—es una comparación metódica, de las observaciones hechas en nosotros mismos, que suministra al observador la materia de un diario autobiográfico y puede fácilmente venir á parar en alucinaciones y en la locura; aconseja á cada uno «no ocuparse del todo del examen y, por decirlo así, de la redacción estudiada, de la historia íntima del curso involuntario de sus pensamientos y sentimientos, porque es el camino que conduce rectamente á la confusión del

espíritu y, por el influjo de pretendidas inspiraciones superiores y bajo el impulso de fuerzas extrañas á la voluntad venidas de no se sabe dónde, nos precipitamos en el iluminismo ó en continuos terrores». «Porque, sin advertirlo, hacemos así pretendidos descubrimientos de lo que nosotros mismos hemos introducido en nuestro espíritu, como una Bourignon, un Pascal ó aun un Alberto Haller, inteligencia por otra parte tan notable la de éste que, después de haber durante mucho tiempo redactado y á menudo interrumpido el diario de su estado psíquico, llegó hasta el punto de preguntar á un teólogo célebre, su antiguo cofrade de la Academia, al doctor Less, si en su rico tesoro de teología no podría hallar consuelo para su alma inquieta y ansiosa.»

Kant añade: «El conocimiento del hombre por medio de la experiencia interna tiene además una grande importancia, porque juzgándose á sí mismo juzga al propio tiempo á los demás hombres; sin embargo, el estudio de sí mismo es quizá más difícil que el de otro porque, en lugar de observar, introduce fácilmente en su conciencia algo de fuera; es conveniente y aun necesario comenzar por los fenómenos observados en sí mismo y después pasar á la afirmación de ciertas tesis que conciernen á la naturaleza humana, es decir, á la experiencia interna».

Kant fundó, pues, su propia psicología empírica, no en el estudio de sí mismo, sino esencialmente en el de los otros; había, no obstante, asignado en su *Crítica de la razón pura* al «sentido interno» un dominio especial, y este campo de ejercicio de la fantasía metafísica debía necesariamente ocasionar el abuso (17); es verdad que se abandonaron las alucinaciones y la locura del siglo XVIII, cuyo carácter exaltado se prestaba mejor á esas divagaciones; pero todo cuanto pueden hacer el capricho, la fantasía y la especulación siempre inquieta, ha sido hecho concienzudamente por la introducción de in-

venciones en el pretendido campo de observación del sentido interno; un modelo en este género nos le ha dado Fortlage, profesor extraordinario de Jena, quien, en 1855, publicó dos grandes volúmenes titulados *Sistema de la psicología como ciencia empírica, según la observación del sentido interno*; primero define el sentido interno, al que atribuye una serie de funciones asignadas anteriormente al sentido externo; después limita su campo de observación y comienza á observar; se prometería inútilmente un premio al que descubriese una sola observación real en esos dos grandes volúmenes; toda la obra versa sobre tesis generales con una terminología inventada por el autor; nunca se encuentra mencionado un sólo fenómeno preciso del que Fortlage pueda decir dónde y cuándo le ha observado ó lo que es preciso hacer para poder estudiarlo en sí mismo; el autor describe muy bonitamente, por ejemplo, de qué manera se examina una hoja; cuando sorprende su forma, esta forma se hace un centro de atención y resulta necesariamente que el concepto de forma, aplicándose por una especie de fusión á la forma de la hoja según la ley de la analogía, se hace evidente para la conciencia; el autor nos dice que la hoja «se desvanece en el espacio de la imaginación en medio del concepto de la forma»; pero, ¿cuándo, cómo y dónde está una vez pasado todo esto, y en qué experiencia se funda propiamente dicho conocimiento «empírico»? Esto es lo que queda tan oscuro como la manera y el modo con que el observador emplea el «sentido interno» y como las pruebas que atestiguan que se sirve de semejante sentido sin dejar á sus caprichos é invenciones cristalizarse á la ventura en sistema.

En nuestra opinión, es imposible trazar una línea de demarcación entre la observación interna y la observación externa; cuando el astrónomo examina una estrella, se llama esta observación externa; pero desde que á la primera ojeada ha reconocido que tiene ante sus ojos

el planeta Marte, es preciso, según Fortlage, que haya empleado al mismo tiempo el sentido interno, porque los ojos no ven más que el punto brillante; el astrónomo ve inmediatamente, y sin más reflexión, que es Marte porque le conoce; ¿ha empleado para esto otro órgano intelectual que el hombre que ve sencillamente una estrella ó el niño que ve simplemente un punto brillante y que ignora todavía lo que son estrellas? Fortlage dice: «El que por el estudio de la música y la audición de los trozos de los grandes maestros se ha hecho capaz de apreciar la melodía y la armonía, arma su sentido externo con su sentido interno, y si más tarde, en una composición musical, sabe distinguir inmediatamente por el sentimiento los defectos de las bellezas, lo característico de lo insignificante, el movimiento directo del contramovimiento y los sostenidos de los hemoles, la facultad que tiene de discernir es producida y perfeccionada por el sentido interno, como de una lengua extranjera no se comprende los sonidos más que después de haberlos estudiado.»

En nuestra opinión, hay un interesante problema de futura psicología ó fisiología que resolver: ¿por qué el acuerdo tan penoso, establecido entre la sensación producida por el sonido y otras operaciones del cerebro, parece manifestar más tarde sus efectos de una manera instantánea? Mientras no se conozca un método para resolver este problema, ya analizando las propias impresiones ó bien por otros medios, no estará de más limitarse á responder que en ambos casos se oye probablemente con los oídos. ¿Qué se debe pensar de los casos en que el empleo inmediato de los ojos sanos, sin estudio particular alguno, opera ya una eliminación, un complemento ó una modificación de la imagen producida mecánicamente? ¿Se ve estereoscópicamente con el sentido interno ó con el externo? ¿se completan con el sentido interno los sitios del campo visual que corresponden á la inserción

del nervio óptico? ¿hay un acuerdo con el sentido externo? Pero aún podemos ir más lejos y preguntar: ¿hay observación externa cuando se toca la extremidad de los nervios de la piel con las dos puntas de un compás y se experimenta ya una sensación simple ó ya una sensación doble? ¿hay observación interna cuando se dirige la atención sobre un callo doloroso? Cuando se hace pasar una corriente galvánica al través de la cabeza y se perciben colores subjetivos ó se oyen sonidos subjetivos, ¿á qué dominio pertenecen estas impresiones?

A priori nada se consigue ni obtiene con las palabras «interno» y «externo», porque en general no puedo tener representaciones fuera de mí, aun cuando fuese verdadera la teoría según la cual transporto al exterior los objetos percibidos; ver y pensar son completamente internos y externos; si quiero repensar mis pensamientos, evoco en los órganos de la palabra las sensaciones que hemos aprendido á conocer más arriba, como siendo, por decirlo así, el cuerpo del pensamiento; las siento exteriormente como cualquiera otra impresión; en cuanto al espíritu, al contenido y á la importancia de este haz de sensaciones más finas y delicadas, todo esto es como el valor estético de un dibujo; este valor es inseparable de las líneas del dibujo, aunque sea otra cosa; ahora bien, una oposición semejante entre la forma y la materia de la sensación se reproduce siempre en grados innumerables sin que se pueda, á propósito de una clase determinada de sensaciones, afirmar completamente que aquí comienza lo interno y concluye lo externo.

¿Con qué ingenuidad Fortlage hace del hombre el campo de observación fisiológica en tanto que se le estudia con el sentido externo y el de la psicología en tanto que se le estudia con el sentido interno! La mayor parte de los filósofos colocarían en la psicología las primeras palabras de un niño y deducirían la marcha del desarrollo de su espíritu; en cambio dirán lo que es la fisiología cuando

se pica con una aguja ó se hacen cosquillas á los niños recién nacidos para espiar los movimientos reflejos en su tránsito al querer; y, no obstante, para ambas observaciones se emplean los sentidos ordinarios, y, según la definición de Forlidge, más el sentido interno porque en el segundo caso lo que se ve y se oye tiene primero necesidad de una explicación.

En general, no es difícil comprender que la naturaleza de todas las observaciones es la misma y que solamente se trata de saber si la observación puede ser repetida por otros simultáneamente ó después, ó si escapa á toda información y á toda prueba hechas por otro; la observación externa no llegaría jamás á una ciencia empírica segura y exacta si cada observación no pudiera ser renovada y comprobada; la eliminación de las influencias de opiniones y tendencias preconcebidas es el elemento más importante del método exacto, y precisamente este elemento es el que no se puede emplear en las observaciones dirigidas sobre pensamientos, sensaciones é inclinaciones personales, á menos de que no se hayan fijado imparcialmente sus propios pensamientos por la escritura ó por otros medios y se trate después esta serie de representaciones como se trataría la obra de un extraño. Pero, á decir verdad, esta observación de sí mismo goza poco ó ningún predicamento, precisamente á causa de su certidumbre relativa, y, la tan alabada observación de sí mismo, nos parece tener tanto atractivo precisamente á causa de sus defectos; porque aun cuando las aprensiones de Kant no se realizaran y las alucinaciones y la locura no fuesen sus consecuencias, quedaría siempre el medio de dar á las concepciones más fantásticas de la metafísica la apariencia de deducciones empíricas (18).

Con razón, pues, los psicólogos modernos han aplicado á la psicología también el modo de observación ordinaria, rigurosamente metódico, que ha prestado tan grandes servicios á las ciencias de la naturaleza; Lotze

ha sido muy útil publicando su *Psicología médica* (1852), pero, á pesar del título de su obra, hizo preceder sus investigaciones empírico-críticas de 170 páginas de metafísica, las cuales han impedido á los médicos sacar de este libro el provecho que hubieran podido encontrar; más tarde Fichte, hijo, se presentó á los naturalistas y á los médicos con su *Antropología* (1856) en cierto modo como médico-filósofo del hogar y consejero de las ciencias; aunque su obra haya desacreditado la filosofía á los ojos de los naturalistas, á causa de su debilidad lógica y de la repetición pretenciosa de añejos errores, no ha contribuído menos poderosamente en otras clases de la sociedad á hacer más palpable, para el sentimiento público, la estrecha conexión que existe entre la psicología y la fisiología; hasta consiguió en estos tiempos el milagro de que los discípulos de la filosofía de Hegel se volvieran en parte hacia una teoría psicológica sobria y casi conforme á la ciencia de la naturaleza.

George escribió un excelente opúsculo acerca de los cinco sentidos, y Schaller se vió obligado en su lucha contra el materialismo á profundizar las cuestiones relativas á la psicología; más tarde estos dos filósofos publicaron una psicología donde se encuentra la señal irrecusable del espíritu de su época; merecen todos los elogios posibles, porque tienen la convicción de que en el punto principal se encuentran todavía en el terreno de la especulación, siendo así que no se mantienen en él más que los creadores de la pretendida psicología de la ciencia de la naturaleza; en cambio es menester resistir siempre que surge la pretensión de que la ciencia especulativa es más elevada y más digna de fe que la ciencia empírica, respecto á la cual es lo que un grado superior á otro inferior; que nuestros lectores no se enojen por estas cosas; una de las principales verdades del nuevo período que comienza para la humanidad exige, no como quería Comte que se suprima la especulación, sino más bien que se la asig-

ne su lugar definitivo á fin de que se sepa lo que puede y lo que no puede hacer en interés de la ciencia.

He aquí lo que Schaller dice á propósito de esto: «La ciencia de la naturaleza puede gloriarse de poseer un saber exacto cuando se satisface, observando los fenómenos, con encontrar las leyes y formular las relaciones cuantitativas contenidas inmediatamente en las leyes así encontradas; naturalmente, cada cual es libre de contentarse con ese saber exacto, pero haciendo esto se abstiene necesariamente de responder á todas las cuestiones en que la filosofía se ha ocupado en todo tiempo. Pues bien, lo que no se conoce bastante es de cuántas maneras contradictorias la filosofía ha respondido á las cuestiones en que se ha ocupado siempre; en cuanto al acuerdo que existe en las ciencias de la naturaleza, no proviene de que esas ciencias se limiten á un terreno en el que todo se comprende por sí mismo, sino del empleo de un método en el cual doctrinas tan ingeniosamente desenvueltas como conformes á la naturaleza sólo se revelan á la humanidad después de largos esfuerzos y de las cuales no se conocen los límites de su aplicación.

Por eso el punto principal de las numerosas precauciones tomadas por este método consiste en la neutralidad de la influencia de la subjetividad en el sabio; á la naturaleza subjetiva del individuo es á lo que la especulación debe la forma que se le da á cada instante; aquí todavía debemos admitir que en la organización análoga de todos los hombres y en el desenvolvimiento común de la humanidad se encuentra una causa objetiva de los fenómenos aislados, sobre poco más ó menos como en la arquitectura y en la música de pueblos diferentes y separados unos de otros se manifiestan rasgos semejantes entre sí; todo el que afianzado en este deseo secreto de construcción inherente á la humanidad, quiera darse el gusto de elevar un templo á las ideas sin contradecir demasiado al estado actual de las ciencias positivas, le verá quebrantado á cada

progreso obtenido metódicamente, ó será demolido de arriba abajo para ser reconstruido en un estilo completamente diverso, pudiendo alabarse de haber creado una obra de arte elegante y perfecta en sí, pero al propio tiempo tendrá que renunciar á que dé un solo paso en el progreso la ciencia verdadera y durable en cualquier terreno que sea; elija cada cual según sus conveniencias; por regla general, cada uno considerará como el estudio más elevado aquel que sea el objeto de su predilección.

Hasta qué punto el método de la ciencia de la naturaleza es aplicable á la psicología es lo que han de dar á conocer los resultados; observemos, ante todo, que no son quizá únicamente los terrenos limítrofes de la fisiología de los nervios los que admiten un procedimiento exacto; por indeterminados que se dejen los límites de la psicología, será preciso comprender en todo caso, provisionalmente, no sólo los hechos de la vida sensible, sino también estudio de las acciones y de la palabra humana, así como en general de todas las manifestaciones de la vida, en tanto que se puede deducir de ellos una conclusión acerca de la naturaleza y carácter del hombre; la prueba más convincente que puede darse es la existencia de una psicología de los animales, de la cual apenas se pueden reunir materiales por medio del «sentido interno»; aquí donde la observación externa no nos muestra en primer término más que movimientos, gestos y actos cuya explicación está sujeta al error, se puede seguir, no obstante, un procedimiento comparativamente muy exacto, en atención á que es fácil someter al animal á experimentos y colocarle en posiciones que permiten observar con mayor precisión cada movimiento nuevo y repetir ó suspender voluntariamente toda excitación de una actividad psíquica.

De este modo se da la condición fundamental de todo lo que es exacto, en virtud de lo cual, si el error no puede evitarse de una manera absoluta, por lo menos se hace inofensivo gracias al método; un procedimiento descrito

con exactitud puede repetirse siempre con un animal exactamente descrito, y de esta suerte la explicación, si se refiere por casualidad á circunstancias accesorias y variables, se corrige sin pérdida de tiempo y por completo libre del influjo de las preocupaciones y prejuicios personales que tan gran papel desempeñan en lo que se llama la observación de sí mismo. Si aún no tenemos un sistema de psicología de los animales, poseemos por lo menos rudimentos de observaciones cuya exactitud y abundancia van más allá del punto de vista de Reimarus y de Scheitlin; la multiplicación creciente de los jardines zoológicos favorece estos estudios, y por diferencias que haya entre los animales viviendo libremente en la selva ó en el campo y los animales cautivos, sin embargo, una observación exacta hecha en estos últimos no es menos importante cuando se trata de plantear tesis generales.

Para las cuestiones del materialismo ó del idealismo es posible que al fin se encuentren los materiales más interesantes allí donde hasta hoy se han buscado menos, en la observación de los animales inferiores estudiados bajo la relación de sus percepciones de los sentidos; ya Moleschott ha dejado entrever que un rotífero con un ojo que no tiene más que una córnea debe percibir de los objetos otras imágenes que una araña que posee una lente y un cuerpo vítreo; aunque criticando el encadenamiento de las ideas en este párrafo no hayamos encontrado una representación clara de la relación del objeto con el sujeto, no es menos cierto que esta observación tiene importancia; hasta es probable que aquí se revelaran cosas muy curiosas, en una escala mucho más vasta, si observaciones exactas consiguieran hacer el análisis de la actividad sensible de criaturas cuya organización difiere tanto de la nuestra; se debiera examinar aquí el efecto de las diferentes vibraciones que nos enseña la física, de una manera del todo independiente de la cuestión de saber si producen ó no en nuestros órganos percepciones sensoriales

determinadas; si se encontrasen, por ejemplo, criaturas que oliesen ó gustasen la luz (es decir, que la percibiesen por órganos semejantes á nuestros órganos del gusto y del olfato), ó que recibiesen imágenes visuales de una manera desconocida para nosotros, la teoría de la formación del mundo de los sentidos por el sujeto recibiría así una nueva confirmación; si, por el contrario, se demostrase que en toda la diversidad del mundo animal no existen probablemente sensaciones esencialmente diferentes de las nuestras, este descubrimiento se volvería provisionalmente en ventaja del materialismo (19).

Un precioso contingente para los fundamentos de una psicología futura se encuentra además indudablemente en los experimentos sistemáticos hechos últimamente en los recién nacidos; si se quiere comprender el mecanismo de los fenómenos psíquicos, es preciso, ante todo, tratar de observar los primeros y más sencillos elementos de este mecanismo; nuestros excelentes filósofos razonan acerca del origen de la conciencia con una flemma verdaderamente increíble, sin experimentar nunca la necesidad de ir alguna vez á la habitación de un niño y estudiar sobre el terreno lo que pueda ocurrir relativo á este problema; pero en tanto que las palabras se presten pacientemente á la expresión de un sistema, en tanto que los estudiantes transcriban pacientemente este sistema bajo el dictado del maestro y en tanto que los editores se hagan pacientemente imprimir y el público pague á buen precio el contenido de estas obras, el filósofo no verá que haya necesidad ni motivo alguno para ir más lejos.

Viene después el fisiólogo que hace probar al recién nacido una solución de azúcar ó de quinina, le aproxima una luz ó produce un ruido cerca de sus oídos, anota con cuidado todos los movimientos, todas las contracciones de los músculos, etc., que ha observado; combina las observaciones que tiene hechas en niños nacidos antes de tiempo y en otros que nacieron á su tiempo nor-

mal, nota cuidadosamente las diferencias y lo compara todo con los resultados obtenidos por la anatomía y la patología; por último, se esfuerza en coordinar sus observaciones de tal modo que se remonta desde el simple movimiento reflejo hasta ciertos signos de la conciencia, y, finalmente, conoce una gran cantidad de cosas que ignora el filósofo confinado en su gabinete de estudio y que, sin embargo, son completamente indispensables para la solución de tan importantes cuestiones; aun cuando de estas investigaciones empíricas no resultase más que el hecho de que una transición imperceptible conduce del simple movimiento reflejo á la actividad consciente dirigiéndose á un fin, actividad cuyos comienzos se elevan hasta la vida anterior al nacimiento, esto sería ya, á la luz de la verdadera ciencia, mucho más de lo que se puede aprender en los volúmenes enteros de las «investigaciones» especulativas.

Otro objeto de los estudios modernos que se relaciona con esta cuestión es la «psicología etnográfica», que aun no ha adquirido forma y método bastante claros y determinados para que nos detengamos en largas consideraciones, tanto más cuanto que las tesis del materialismo tienen una relación menos estrecha con esta esfera del conocimiento; es de notar, sin embargo, que la lingüística, considerada con razón como una de las fuentes principales de la psicología etnográfica, ha contribuido mucho á hacer entrar el lenguaje en el dominio de las observaciones conformes á la ciencia de la naturaleza y á salvar así el abismo que en otro tiempo separaba á las ciencias del espíritu de las ciencias de la naturaleza desde un nuevo punto de vista de la mayor importancia; en este concepto, también la primera mitad del siglo XIX forma época; la célebre obra de Guillermo de Humboldt acerca de la lengua kawi y las gramáticas sánscrita y comparada de Bopp aparecieron en el periodo tan rico y fecundo de 1820 á 1835; desde entonces, la lingüística ha realizado

admirables progresos en todas direcciones, y Steinthal, principalmente, se ha esforzado en una serie de escritos importantes en proyectar una viva luz en la esencia psicológica del lenguaje y poner término á la continua confusión del pensamiento lógico con la formación de las representaciones que se desarrollan bajo la influencia del lenguaje.

De una asombrosa esterilidad para las cuestiones psicológicas han sido durante largo tiempo los viajes científicos, así como la exposición de sus resultados desde el punto de vista de la antropología y de la etnografía; basta hojear la obra en otro tiempo tan célebre, *Historia natural del hombre*, de Prichard, para convencerse de la multitud de errores que dimanaban de las preocupaciones religiosas de los viajeros, de su orgullo de raza, de su ineptitud para identificarse con la vida social de un país extranjero y la manera de pensar de pueblos de una cultura inferior; en estos últimos tiempos dichas narraciones han mejorado; los relatos de viajeros, principalmente de Bastián, son ricos en detalles psicológicos, y sus obras abreviadas (20) tienen un interés preponderante para la psicología comparada, aunque las ideas de conjunto desaparecen bajo el amontonamiento de los materiales. En la *Antropología de los pueblos salvajes* de Waitz se puede casi seguir, de uno á otro volumen, los progresos del sentido psicológico, y, en este concepto, se encuentran cosas excelentes en el último volumen de la obra de Waitz, redactado por Gerland; si á esto se añade la asimilación luminosa hecha por Lubbock de los resultados de la paleontología con cuanto sabemos acerca del estado de los salvajes de hoy, así como los *Comienzos de la civilización* y la *Historia primitiva de la humanidad* de Tylor, se dispone ya de tal número de hechos y de comparaciones que una «psicología etnográfica» sistemática ó una «antropología pragmática», sobre bases completamente nuevas, no parece ya algo imposible.

Pero si se pregunta cuáles son desde este momento los resultados más visibles, no se puede negar que según las últimas observaciones, que son las mejores, el hombre con toda su cultura no aparece como un ser de la naturaleza y que sus hechos y gestos están determinados por su organización; allí donde antes, á consecuencia de un examen superficial, no se veían más que «salvajes» ó inofensivos hijos de la naturaleza, se encuentran hoy las pruebas de una historia, de una civilización vieja y refinada, y, á menudo, hasta los indicios inequívocos de decadencia y retrogradación; vemos cómo la sociedad, aun en pueblos donde bajo muchos conceptos se hallan todavía en estado de minoridad infantil, trae consigo en todas partes y pronto usos particulares y con frecuencia extraños que, á] pesar de su extrema diversidad, se deducen no obstante de principios psicológicos poco numerosos y que se repiten siempre; el despotismo, la aristocracia, la división de castas, la superstición, las imposturas de los sacerdotes y las ceremonias fascinadoras nacen dondequiera é inmediatamente de la raíz común de la esencia de la humanidad; y, en los principios de estos abusos monstruosos extendidos sin fin, aparece con frecuencia la más sorprendente analogía entre razas que tienen apenas vestidos y chozas con otras que poseen palacios, soberbias ciudades y numerosos utensilios y objetos de arte.

El estado natural, del que Rousseau y Schiller deploran la desaparición, no se encuentra en parte alguna; es natural todo lo contrario, pero de una naturaleza que responde tan poco á nuestras aspiraciones ideales como la forma simia de nuestros hipotéticos antepasados responde á las concepciones ideales de un Fidias ó de un Rafael; se dirá que el hombre, en tanto que deja detrás de sí los límites del mundo animal y como individuo se eleva y ennoblee por la sociedad, debe atravesar una vez más, en la formación del conjunto de la psicología etnográfica, la condición tan horrible y repugnante del mono hasta que

al cabo, los gérmenes de cualidades más nobles que descansan tan profunda como seguramente en él... ;pero todavía no hemos llegado ahí. Hasta la cultura helénica está fundada sobre el terreno podrido de la esclavitud y la noble humanidad del siglo XVIII no existía más que en círculos muy limitados que evitaba cuidadosamente el contacto de las masas.

Darwin ha proporcionado también un material grandioso para la comprensión psicológica de la especie humana y abierto nuevos caminos que permitirán hacer ricas adquisiciones en esferas múltiples de la psicología; en esta categoría se encuentra principalmente su disertación sobre *La expresión de las emociones*, obra muy criticada á causa de su dureza y exclusivismo. Ya Descartes, tratando el mismo asunto en un escrito al que se ha dado muy poco valor, comenzó á definir y explicar las emociones por sus síntomas materiales, aunque, según su teoría, la emoción no puede producirse como tal más que cuando el alma «piensa» lo que percibe en el cerebro como hecho material. En nuestros días, Donrich principalmente ha tenido el mérito de dilucidar y profundizar la cuestión de los fenómenos materiales que acompañan á los estados psíquicos, pero su trabajo ha sido poco utilizado por los psicólogos; de otro modo ocurriría si se comenzara por comprender generalmente hasta qué punto la conciencia de nuestras propias emociones está determinada y provocada sólo por el sentimiento de sus reacciones corporales; pero en realidad es esto como la conciencia de nuestros movimientos corporales: existe un conocimiento inmediato de la impulsión dada, es cierto; no obstante, no llegamos á comprender claramente el fenómeno más que merced al reflejo de las sensaciones que han sido provocadas por el movimiento.

Sin embargo, el síntoma material adquiere gran importancia para el proceso psíquico en los movimientos de expresión; por poco que se note cómo el lenguaje se

atiene siempre al síntoma material en cuanto al sentido fundamental de la expresión de las emociones, y sobre todo con preferencia á los movimientos de expresión, se verá en seguida de qué manera el hombre se orienta en medio de estos síntomas y cómo, gracias á ellos, todos los procesos internos han recibido su característica y su limitación con relación á otros procesos análogos; no es posible, pues, concebir la esperanza de llegar á obtener, en la teoría de los movimientos del alma, resultados importantes de una naturaleza cualquiera, á menos de estudiar sus síntomas con un cuidado minucioso.

De este modo volvemos á un método psicológico que se pudiera llamar materialista si no hubiese en este epíteto una relación con el fundamento de toda la concepción del mundo, de la que en modo alguno se hace cuestión aquí; es preferible, pues, hablar de un «método somático», que es el único que promete éxitos en la mayor parte de los dominios de la psicología; este método pide que en las investigaciones psicológicas nos atengamos todo lo posible á los hechos materiales, unidos indisoluble y forzosamente á los fenómenos psíquicos; pero, al emplearle, no estamos en modo alguno condenados á considerar estos hechos como siendo la última razón de los fenómenos psíquicos ó como lo único que existe, como hace el materialismo; no hay que dejarse ofuscar por el reducido número de los terrenos inaccesibles hasta aquí al método somático, hasta el punto de creer que haya ahí un proceso psíquico sin fundamento fisiológico; se puede, en efecto, desarrollar especulativamente la teoría de la sucesión de las representaciones, es decir, de la influencia ejercida en las representaciones subsiguientes por las que ya existen ó que acaban de entrar en la conciencia; hasta se puede, en una medida mucho mayor que en el pasado, apoyarse en la experimentación y en la observación sin preocuparse de la base fisiológica; así, el juego de los mnemotécnicos, que retienen una serie cualquiera de pa-

labras por medio de la intercalación en el pensamiento de ciertas palabras de unión, puede quizá ser tratado como un importante experimento psicológico, cuyo valor, como el de todo experimento, es independiente de la explicación que se le dé.

Se puede, por el procedimiento empírico, construir una teoría completa de las faltas de ortografía ó, como ha hecho Drobisch, reducir á relaciones numéricas determinada la inclinación que lleva á un poeta á formas de versificación más ó menos difíciles (21), sin tener en cuenta para nada el cerebro y los nervios; aquí un crítico pudiera atreverse á decir: Es preciso, ó bien admitir que el hecho es independiente de las leyes de la fisiología ó que el método no es estrictamente científico, porque no se eleva hasta la causa supuesta de los fenómenos; pero este dilema estaría mal planteado, porque de los hechos adquiridos empíricamente, y aun las «leyes empíricas», sostienen sus derechos independientemente de la reducción á las causas de los fenómenos; además, se podrían apoyar en el mismo razonamiento para declarar insuficiente toda la fisiología de los nervios porque no ha sido aún reducida á la mecánica de los átomos, que debe ser la base última de toda explicación de los fenómenos de la naturaleza.

En Inglaterra, desde el tiempo de Dugald-Stewart y de Tomás Brown, la psicología estaba en buen camino de llegar á ser una ciencia empírica de la sucesión de las representaciones con la «psicología de la asociación»; esta última persigue el principio de asociación con talento y sagacidad al través de los terrenos más variados de la actividad psicológica; desde esta época los ingleses han tomado el gusto á la psicología y es incuestionable que el estudio de sus obras suministra al hombre de Estado, al artista, al profesor, al médico, etc., mayor abundancia de documentos para el conocimiento del hombre que pudiera hacerlo nuestra literatura psicológica alemana; tan dé-

bil es la seguridad crítica de los principios y la forma rigurosamente científica de esta última psicología; bajo esta relación, ningún progreso esencial se ha realizado en el fondo desde Brown y Stewart; lo que distingue á las obras recientes de Spencer y sobre todo de Bain es el partido que saben sacar de la anatomía y de la fisiología actuales y su tentativa enérgica en conciliar la psicología asociacionista con nuestro conocimiento del sistema nervioso y sus funciones.

Por sensata que sea la tendencia de estos esfuerzos, no se termina la demostración sin hipótesis aventuradas y sin que el edificio teórico reciba prolongaciones desprovistas de toda base experimental sólida. Hemos observado más arriba que relativamente á las funciones del cerebro pudiera ser, no la cuestión de la ciencia exacta, sino la explicación preparatoria, mostrar por una hipótesis completamente desarrollada cómo las cosas pudieran estar ligadas unas á otras; esta necesidad ha sido ampliamente satisfecha por Spencer y Bain, cuyas obras en este punto, vienen felizmente á completar la literatura alemana, á pesar de los ataques dirigidos contra el fundamento de esos sistemas por la crítica tan rigurosa como estéril de nuestros compatriotas. La diferencia entre el método psicológico inglés y el método psicológico alemán puede reducirse, efectivamente, á que los sabios alemanes despliegan toda su energía intelectual con el fin de obtener principios tan exactos y tan seguro como sea posible, mientras que los ingleses se esfuerzan ante todas las cosas en sacar de sus principios todo el partido que pueden sacar; esto se aplica lo mismo á la psicología de asociación como tal que á su confirmación por la fisiología.

En vez de mejorar la teoría de la asociación en sus fundamentos tan defectuosos, y en vez de dar al método de investigación formas más rigurosas, los escritores modernos no nos ofrecen más que largas demostraciones y

análisis, mientras que las bases son las mismas que las de sus antepasados. En diferentes puntos de Alemania se han atacado recientemente esas bases; principalmente, la explicación que predomina en Inglaterra de las representaciones de espacio por el principio de asociación, ha sido sometida á una crítica perfectamente legítima; esta crítica toca, sin embargo, un punto que es de la más alta importancia para la teoría del conocimiento, pero de un valor secundario para la fundación especial de la psicología empírica; esta explicación de las representaciones de espacio pudiera abandonarse sin que la psicología de asociación sufriera el menor perjuicio; hay, no obstante, otro punto que no sólo decide de la suerte de esta ciencia, sino que también es importante para las cuestiones fundamentales de las relaciones del cuerpo con el alma; y es la cuestión de saber si existe ó no, para la sucesión de las representaciones, una causalidad absoluta é inmanente.

El sentido de esta grave cuestión es fácil de comprender siempre que se eche una ojeada retrospectiva sobre Descartes y Leibniz. Entendemos por causalidad «inmanente» la que no tiene necesidad de intermediarios extraños; de este modo, el estado de la representación, en un momento dado, debe dejarse explicar únicamente por los estados representativos anteriores; en Descartes como en Leibniz, el alma con su contenido de representaciones forma un mundo completo en sí y separado del mundo de los cuerpos; el espíritu debe sacar de sí mismo hasta las representaciones que corresponden á una nueva impresión de los sentidos; pero, ¿según qué ley alternan los estados del alma?... esto es lo que queda oscuro; Descartes como Leibniz no reconocen, en cuanto al mundo de los cuerpos, más que un estricto mecanismo; este mecanismo no es aplicable al mundo de las representaciones, donde nada puede ser medido ni pesado; pero, ¿de qué naturaleza es este lazo de la causalidad que reúne aquí

los estados variables? A esto Descartes no ha dado respuesta alguna y Leibniz da una que es muy ingeniosa aunque insuficiente; coloca la causalidad de la representación en la relación de la mónada con el universo y en la armonía preestablecida; aunque la mónada no tiene «ventanas», lo que pasa en ella no está regido, sin embargo, por un principio inmanente, sino por la relación que tiene con el universo, relación accesible solamente á la especulación, no ó á la observación; por este lado, toda psicología empírica se hace imposible, y en el fondo no puede haber cuestión sobre las leyes de la asociación ni sobre otras leyes absolutas cualesquiera.

También la psicología de la asociación hace de buenas á primeras una excepción en sus esfuerzos por establecer una regular sucesión de representaciones; las percepciones de los sentidos, en la más lata acepción de la palabra, vienen de fuera, sin que se pregunte cómo esto es posible; consideradas desde el punto de vista del alma, son como criaturas sacadas de la nada, agentes nuevos surgiendo de una manera continua y que modifican notablemente el conjunto del mundo de las representaciones, pero que desde el momento de su aparición se someten á las leyes de la asociación; la dificultad encerrada en esta hipótesis fué fácilmente velada en Inglaterra por el materialismo tradicional que provenía de Hartley y de Priestley; los sucesores, que rechazaron las consecuencias de este materialismo, conservaron, no obstante, la comodidad de su modo de explicación sin pensar que un nuevo punto de vista entraña á su vez nuevos problemas. Stuart Mill ha tratado al detalle en su *Lógica* la cuestión aquí apuntada; se ataca á Comte que con una gran claridad declara que los estados del espíritu no tienen regularidad alguna inmanente, sino que son provocados sencillamente por los estados del cuerpo; á estos últimos pertenece la regularidad; si en los primeros se manifiesta la uniformidad en la serie de los fenómenos, esta uniformidad no es

más que derivada y no primitiva; por eso no es objeto de una ciencia posible; en una palabra: la psicología sólo se comprende como una parte de la fisiología.

En contra de esta teoría eminentemente materialista, Mill trata de defender los derechos de la psicología; abandona sin vacilación todo el dominio de las percepciones sensibles y así cree poder salvar la autonomía del saber relativo al pensamiento y á los movimientos del alma; las percepciones de los sentidos las deja á la fisiología; en cuanto á los otros fenómenos psíquicos, la fisiología nos explica muy poca cosa, por no decir nada en absoluto; en cambio la psicología de la asociación nos da á conocer, por el camino del empirismo metódico, una serie de leyes; contentémonos, pues, con estas leyes sin preocuparnos de saber si los fenómenos de la serie de los pensamientos aparecerán ó no más tarde como simples productos de la actividad del cerebro; así es como se descarta la cuestión metafísica y se garantizan á la psicología de la asociación por lo menos derechos provisionales; pero la cuestión más grave, y que necesita de la intervención de la crítica, no se discute; redoblando la atención, ¿no acabaremos por descubrir aun en la psicología de la asociación pruebas de que sus pretendidas leyes no tienen valor absoluto precisamente porque no representan más que una parte de las consecuencias de las leyes fisiológicas más profundas?

Herbert Spencer, acercándose á nuestro punto de vista, admite un materialismo del fenómeno cuyo valor relativo tiene sus límites en la ciencia de la naturaleza, y esos límites se encuentran en el pensamiento de un absoluto incognoscible; así ha podido colocarse tranquilamente al lado de Comte para lo que concierne al dominio de lo cognoscible; afirma, sin embargo, que la psicología es una ciencia única en su género y completamente independiente de toda otra esfera de conocimiento (22); llega á esta afirmación por el hecho de que sólo el elemento

psíquico no es dado inmediatamente, en tanto que el elemento físico no es más que supuesto y se deja por consecuencia resolver en cierto sentido en elemento psíquico. Efectivamente, nuestras representaciones de la materia y de sus movimientos no son más que una especie de representaciones; pero el sonido y el color, tales como se aparecen inmediatamente á nuestro espíritu, nos son, como los movimientos del alma, dados más pronto que la teoría de su nacimiento, resultado de vibraciones y procesos del cerebro; de ahí se sigue que el dominio de los fenómenos psíquicos posee la independencia que Spencer atribuye á la psicología; pero la cuestión precisamente está en saber si el dominio de los fenómenos psíquicos puede convertirse en un encadenamiento causal sin que sea necesario reducirlos á las teorías de las ciencias físicas.

Alejandro Bain prefiere someterse á un «materialismo prudente y moderado» que conserve la oposición entre el espíritu y la materia; según él, como según Spencer, el cuerpo es desde el punto de vista objetivo la misma cosa que el alma desde el punto de vista subjetivo en la conciencia inmediata del individuo; en virtud de este pensamiento, que se puede remontar hasta Espinosa y al que Kant daba el valor de una conjetura, Bain se deja arrastrar hasta admitir un paralelismo completo entre la actividad intelectual y la actividad nerviosa; según su teoría, cada excitación nerviosa tiene un «equivalente sensacional» (23); si fuera así, la conexión bajo la relación psíquica sería seguramente tan completa como bajo la relación física; pero esta teoría la contradicen los hechos. Ya la ley de la relatividad admitida por Bain, ley en virtud de la cual llegamos á una sensación consciente no tanto por la energía absoluta de la excitación como por el hecho de un cambio del estado de excitación, es inconciliable con el equivalente sensacional; porque es claro que, según esto, una sola y misma excitación ner-

viosa puede una vez provocar una sensación muy viva y otra vez no provocar ninguna; si, no obstante, por «equivalencia sensacional» quiere entenderse algo que pertenece al lado interno y subjetivo del fenómeno, pero que sin embargo no es una sensación propiamente dicha, se llegaría á las ideas inconscientes de las que hablaremos pronto.

Aquí la estricta validez de las leyes de asociación se hace también muy dudosa para nosotros; cierto que para marchar con paso seguro Spencer emplea aquí la fórmula mágica: «siendo todas las otras cosas iguales»; sin duda, si todas las demás circunstancias son absolutamente iguales, parecerá casi tan verdadero como un axioma que la impresión más viva debe grabarse más profundamente en la memoria; pero de ese modo el valor de la proposición casi por otra parte se reduce á cero. Si permaneciendo iguales todas las demás circunstancias se pretende que un navío más rápido llegará más pronto al fin ó que un fuego más intenso deberá dar más calor, esto significa que la rapidez del barco y la fuerza calórica del fuego ejercen en todas circunstancias su acción constante, pero que depende todavía de otras producir ó no cierto efecto exterior, como llegar al fin y caldear un aposento; de ese modo se enuncia una tesis general de gran alcance. Pero en el caso psicológico las cosas van de otra manera; es, por ejemplo, probable que la facultad de recordar esté determinada por la fuerza absoluta del proceso nervioso ó por la modificación orgánica durable que experimenta, mientras que la vivacidad de la representación correspondiente no depende más que de la fuerza relativa de la excitación; así tenemos con frecuencia en sueños representaciones de una vivacidad y claridad sorprendentes y, sin embargo, no podemos recordarlas sino difícilmente y sin la vivacidad del sueño; durante los sueños hay también corrientes nerviosas muy débiles que transmiten nuestras representaciones.

Si nos atenemos ahora literalmente á la fórmula condicional «siendo todas las cosas iguales», es decir, si nos limitamos á comparar un sueño con otro, ó en general estados determinados de excitación, la tesis de la psicología de la asociación podrá ser verdadera, pero entonces no tendrá evidentemente más que una importancia muy restringida; en el caso de los ejemplos físicos citados, el resultado: llegar al fin y calentar un aposento, no es más que un medio de hacerme comprender claramente la importancia constante de la rapidez y de la calefacción; ahora bien, este valor constante es precisamente uno de los factores que desaparece en el ejemplo psicológico; la vivacidad mayor de la representación no da en todas las circunstancias un contingente de fuerza igual para alcanzar el fin perseguido, porque este contingente puede ser muy grande en un caso y nulo en otro; podemos, por ejemplo, haber tenido en sueños representaciones muy vivas, de las cuales, no obstante, nos es imposible recordar ninguna circunstancia, á menos de que no podamos restablecer la situación en que nos hallábamos durante el sueño.

Un ejemplo podrá hacer comprender mejor todavía estas relaciones; un valor, en economía política, nace indudablemente de una serie de condiciones físicas entre las que el trabajo desempeña un papel preponderante; y no obstante, dicho valor no es proporcional al trabajo; las otras circunstancias, tales como principalmente la necesidad, vienen sólo de fuera á contribuir al resultado, como, por ejemplo, el viento y la temperatura que favorecen la rapidez de la navegación y que son indispensables para que se produzca un valor cualquiera; del mismo modo es menester el conjunto de la conciencia para que una excitación llegue á ser una sensación; por lo tanto, no existe ley de la «conservación del valor» que pueda corresponder á la ley física de la conservación del trabajo; y parece que no puede existir tampoco una ley de la

«conservación de la conciencia»; el contenido total de una representación puede caer de la mayor vivacidad á cero, en tanto que para las funciones correspondientes del cerebro la ley de la conservación de la energía tiene su valor; pero ¿qué llega á ser la posibilidad de una psicología de la asociación teniendo una exactitud cualquiera?

A pesar de esto, Stuart Mill tiene razón: en tanto que se pueda fundar real y empíricamente la teoría de la sucesión de las representaciones, hay derecho para proponerla como ciencia, cualquiera que pueda ser la base de las representaciones y su dependencia relativamente á las funciones del cerebro; no obstante los métodos empleados hasta aquí no nos preservan casi de ilusiones; tenemos algunas proposiciones muy generales que descansan en una inducción muy incompleta, y con su auxilio se cruza con extensos análisis el terreno de los fenómenos físicos para descubrir lo que se pudiera reducir á esas pretendidas leyes de la asociación; pero si en vez de limitarse á analizar las ideas generales de fenómenos físicos, se quiere abordar la vida y tratar de comprender la sucesión de las representaciones en casos determinados, tal, por ejemplo, como se ofrecen al médico alienista, al criminalista ó al pedagogo, no se puede en parte alguna dar un paso hacia adelante sin tropezar con las «representaciones inconscientes» que usurpan el curso de las representaciones completamente conforme á las leyes de la asociación, aunque, á decir verdad, no son en modo alguno tales representaciones, sino solamente funciones del cerebro semejantes á las que se refieren á la conciencia (24).

No obstante, al lado de la teoría de la sucesión de las representaciones tenemos aún otra esfera de la psicología empírica que es accesible á las investigaciones rigurosamente metódicas: es la estática antropológica, cuyo núcleo ha sido hasta hoy la estática moral. Aquí nos hallamos colocados en el verdadero dominio de lo que Kant llama-

ba la «antropología pragmática», es decir, que ahora se trata de una ciencia del hombre considerado como un «ser actuando libremente»; por lo tanto no cabe dudar de la parte espiritual del hombre, aunque la estática no se preocupa en modo alguno de la distinción de alma y cuerpo; sólo registra las acciones y los acontecimientos humanos, y combinando estas notas permite echar muchas miradas, no sólo al mecanismo de la vida social, sino también á los motivos que dirigen los actos del individuo.

En realidad se puede utilizar casi toda la estática en provecho de la antropología exacta, y se engañaría quien creyese no poder deducir conclusiones psicológicas sino indicaciones sobre el número y la naturaleza de los crímenes y procesos, la multiplicación de los casos de suicidio ó de los nacimientos ilegítimos, los progresos de la instrucción, las producciones literarias, etc., etc.; combinando hábilmente sus valores y comparándolos entre sí se podrán sacar tesis de la estática moral, y tantas conclusiones como cuadros del comercio y la navegación, resúmenes de los transportes de personas y mercancías por los caminos de hierro, del término medio de las cosechas y de la cría del ganado, de los resultados de los derechos de sucesión y herencias, del número de matrimonios, etc., etc.; pero se suelen sacar con frecuencia demasiado á prisa ciertas conclusiones, apoyándose en esos datos de la estática moral, olvidándose tener en cuenta la diversidad de circunstancias y motivos, ó bien se le ha considerado al hombre desde el punto de vista de una psicología anticuada.

Un hombre eminente, Quételet, ha extendido muchas ideas falsas con su desdichada expresión de la «inclinación al crimen», aunque él mismo emplea esta frase para indicar sólo con un nombre cualquiera una idea matemática irreprochable en sí; cuanto menos pueda considerarse una verosimilitud cualquiera, obtenida por abstracción, como la propiedad objetiva de una cosa particular perte-

neciente á la clase á que se ha aplicado la abstracción, tanto menos se podrá pensar en descubrir, por el simple resultado de un cálculo de probabilidad, una inclinación al crimen, inclinación que tendría una importancia psicológica como factor real de los actos humanos; por eso la inclinación al crimen, al suicidio ó al matrimonio y á otros hechos estáticos de este género han sido muy á menudo tomados al pie de la letra únicamente, y, de la notable regularidad de las cifras que se reproducen todos los años, se ha deducido un fatalismo por lo menos tan extraño como la tentativa hecha por Quételet para salvar el libre albedrío manteniendo al propio tiempo la regularidad de la ley; porque Quételet, como una causa accidental cuya acción ya positiva ó negativa se neutraliza según la ley de los grandes números, hace obrar al libre albedrío, es decir, al libre albedrío tal como lo entiende la tradición escolar en Francia y Bélgica, en el interior de la vasta esfera de los acontecimientos sometidos á la regularidad demostrada de la ley.

Existen indudablemente voluntades individuales que obran de tal suerte que ó bien aumentan la cantidad del presupuesto anual de los actos deseados ó bien la disminuyen, lo que no impide al término medio ser, á fin de cuentas, más regular que el presupuesto de cualquier Estado; ahora bien, el término medio de las voluntades que representa también de una manera aproximada la gran masa de todos los impulsos de las voluntades individuales está determinado físicamente por las influencias de la edad, el sexo, el clima, la alimentación, el modo de trabajo, etc., etc.; ¿no se podía del mismo modo, sobre todo en otro terreno, concluir que el movimiento de las voluntades individuales está también regido físicamente? ¿no se supondría, por ejemplo, que este movimiento sea al término medio como la cantidad de lluvia caída el día 1.º de Mayo, ú otro día cualquiera, es al término medio de la lluvia que ha caído durante el año entero?

Y en realidad, prescindiendo del prejuicio escolástico, no existe el menor motivo para admitir, en esas fluctuaciones individuales paralelas á las numerosas causas accidentales y fáciles de observar físicamente, otra causa particular que tenga la propiedad de restringirse á una acción muy limitada y sea, á pesar de dicha restricción, independiente del encadenamiento general de las causas de las cosas; esa es una hipótesis completamente superflua, embarazosa, sin utilidad alguna y que ningún hombre sensato, cuanto más Quételet, fuera capaz de imaginar si no hubiese sido educado en medio de los prejuicios tradicionales de la escolástica.

Como desde hace mucho tiempo se está habituado en Alemania á la idea de la unidad del espíritu y la naturaleza, se comprenderá que á nuestros filósofos les haya afectado menos la contradicción entre los resultados de la estática y los de la vieja doctrina del libre albedrío. Wagner, en su hermoso trabajo (Hamburgo, 1864) sobre la regularidad de los actos humanos libres en apariencia, ha creído necesario censurar á nuestros filósofos de preocuparse tan poco de Quételet y sus investigaciones; pero esta censura no es justa del todo; hombres tales como Waitz, Drobisch, Lotze, etc., que Wagner supone que han debido tener en cuenta á Quételet, han sobrepujado de tal modo esta oposición entre la libertad y la necesidad, que les es ciertamente difícil colocarse en el punto de vista de los que encuentran aquí todavía un grave problema que resolver; podemos, pues, remitirlos á lo que dejamos dicho en el capítulo relativo á Kant sobre la cuestión del libre albedrío.

Entre la libertad como forma de la conciencia subjetiva y la necesidad como hecho de las investigaciones objetivas, no puede existir más contradicción que entre un color y un sonido; la misma vibración de una cuerda da á los ojos la imagen del movimiento oscilatorio, al cálculo un número determinado de vibraciones por segundo y

al oído un sonido único; pero esta unidad no contradice esta multiplicidad, y si la conciencia ordinaria atribuye al número de las vibraciones un más alto grado de realidad que al sonido, no merece censurarse demasiado. Por interesantes y sugestivas que puedan ser las investigaciones tan nuevas de Quételet, no interesan al filósofo ilustrado de Alemania á causa de sus relaciones con el libre albedrío, puesto que la determinación empírica y la rigurosa causalidad de todos los actos humanos, que Quételet no se atreve á afirmar por completo, pasan desde Kant por una cosa cierta y en cierto modo conocida y metódica.

Lo que también está puesto en orden completamente es que la importancia de la libertad se mantenga en frente del fatalismo materialista, principalmente en el terreno de la moral; porque aquí no se trata ya solamente de sostener que la conciencia de la libertad es una realidad, sino también de que el curso de las representaciones, uniéndose á la conciencia de la libertad y de la responsabilidad, tiene para nuestros actos una importancia tan esencial como las representaciones, en las cuales una tentación, inclinación ó un atractivo natural hacia tal ó cual acto se ofrece en seguida á nuestra conciencia; cuando Wagner cree que es por repugnancia á las cifras y á los cuadros por lo que no se ha tenido en cuenta la estática moral, se engaña completamente; ¿cómo encontrar esa repugnancia en Drobisch, que no ha temido redactar cuadros para los valores hipotéticos de los fundamentos de su psicología matemática, y que, conociendo las investigaciones de Quételet, sabía comprenderlas y apreciarlas desde todos sus puntos de vista? Pero un filósofo alemán semejante es tanto más difícil de entender, aun para los lectores de una instrucción sólida, cuanto más lejos tiene de sus ojos y de su pensamiento los sistemas filosóficos y su encadenamiento histórico.

Así, por ejemplo, Drobisch dice en una breve y juiciosa crítica de las conclusiones de la estática moral: «En

todos estos hechos no se reflejan sólo las puras leyes de la naturaleza, bajo las cuales el hombre sucumbiría como bajo una fatalidad, sino también la situación moral de la sociedad, situación que está determinada por las poderosas influencias de la vida de familia, de la escuela, la iglesia, la legislación, etc., y que, por lo tanto, puede muy bien mejorarse por la voluntad de los hombres.» El que no conozca á fondo la psicología y la metafísica de Herbart, ¿no encontrará en estas palabras una apología del antiguo libre albedrío, tal como se debe esperar de un profesor francés? Y, no obstante, la voluntad humana, aun en el sistema á que Drobisch está afiliado, no es más que una consecuencia resultante, según la causalidad más rigurosa, de estados del alma que, á su vez y en último análisis, son producidos por su acción y reacción recíprocas sobre otros estados reales; después Drobisch se ha expresado de un modo profundo é inteligible para todos sus lectores en su disertación, publicada en 1867, sobre *la estática moral y el libre albedrío del hombre*; ha dilucidado las relaciones que existen entre la libertad y la necesidad natural, y ha suministrado al mismo tiempo documentos preciosos para la metodología de la estática moral.

En realidad Wagner hubiera podido aprender de Buckle, cuyos ingeniosos escritos le han servido y estimulado muchas veces, que la filosofía alemana se ha adelantado sobre todas las otras en la teoría del libre albedrío, adelante que la permite contemplar tranquilamente la marcha de esos nuevos estudios; porque Buckle se apoya en primer término en Kant, cuyo testimonio presenta en favor de la necesidad empírica de las acciones humanas, desechando la teoría trascendental de la libertad.

Aunque, según esto, todo lo que el materialismo pueda sacar de la estática moral lo ha concedido ya Kant, que rechaza todo el resto (25), no es, sin embargo, indiferente para el valor práctico de la dirección materialista de una época, dirección opuesta al idealismo, saber si

la estática moral, y, como nosotros diríamos, la estática toda entera, debe ser puesta ó no á la cabeza de los estudios antropológicos; porque la estática moral considera, desde fuera, los hechos realmente apreciables de la vida, mientras que la filosofía alemana, á pesar de su perfecta convicción de la nulidad de la antigua teoría del libre albedrío, se complace todavía en no dirigir sus miradas más que al interior, á los hechos de conciencia; no es, sin embargo, más que con auxilio del primero de estos procedimientos como la ciencia puede esperar obtener poco á poco resultados de un valor durable.

Cierto que, bajo esta relación, los métodos se verán precisados á hacerse todavía mucho más sutiles y las conclusiones serán también mucho más circunspectas que las de Quételet, y desde este punto de vista se puede considerar la estática moral como una de las piedras de toque más delicadas para la inteligencia exenta de los prejuicios; así, por ejemplo, se continúa teniendo por un axioma que el número de los actos criminales que se producen anualmente en un país debe ser considerado como la medida de la moralidad de dicho país; nada más ilógico por poco que se posea acerca de la moralidad una idea que se eleve en cierto modo sobre la evitación prudente de las penas; por lo menos se debiera *a priori*, para encontrar un número en relación con la moralidad, dividir el número de los actos culpables por el de las ocasiones ó tentaciones, facilitando ó provocando esos actos; se comprenderá perfectamente que un cierto número de falsificaciones de billetes cualesquiera, en un distrito donde se hagan muchos negocios, no tiene tanta gravedad como el mismo número de falsificaciones en otro distrito de las mismas dimensiones pero donde la circulación de los billetes es una mitad menor. Ahora bien; la estática criminal no suministra más que el número absoluto de los casos, y, aun cuando hace mucho dando cifras comparativas, á lo sumo se indica como medida de apreciación el

número de los habitantes, pero no el de los actos ó circunstancias que pueden por abuso ser la causa del crimen.

Hay muchas especies de delitos para los cuales no se podría encontrar un denominador que sirva de término exacto de comparación, y no obstante existe una diferencia de desarrollo moral en los grupos de población que se quieren comparar, diferencia á la que no se podría atribuir en ambos casos la misma importancia moral y psicológica que al número comparativo de los delitos calculados por cabeza; como los autores de estática moral no tienen suficientemente en cuenta todavía este detalle, me permitiré señalar el hecho importante de esta evolución moral que he expuesto el primero en mi curso de estática moral de la universidad de Bonn, durante el invierno de 1857 á 1858, y del cual no he cesado desde entonces de comprobar su exactitud.

Si se compara el estado de una población de pastores que viven uniformemente, como pudiéramos encontrarlas en muchos departamentos de la Francia central, con el estado de una población arrastrada por el movimiento industrial, literario y político de las inteligencias, donde la vida cotidiana despierta por sí misma mayor cantidad de ideas, provoca actos y resoluciones, excita dudas y engendra pensamientos, donde, para el individuo como para la colectividad, las alternativas de fortuna é infortunio son más grandes y las crisis extraordinarias más frecuentes, con el solo examen de los rostros, de las actitudes, de los trajes y de las costumbres se ve fácilmente que en esta última población debe manifestarse una diferencia mayor entre los individuos y que cada uno de estos individuos está expuesto á alternativas mucho más violentas de influencias de todo género; ahora bien, como semejante evolución favorece, bajo la relación moral, tanto las cualidades nobles como los defectos vituperables y provoca del mismo modo los hechos extraordinarios de abnegación, desinterés, amor al prójimo ó la lu-

cha heroica por el bien general como provoca asimismo los hechos de la avaricia, del egoísmo y de las pasiones desordenadas, se puede imaginar un centro de gravedad moral para los actos de esta población, centro del cual se alejaran los actos individuales, ya en una dirección buena, ya en una dirección mala, ó bien, en fin, en el sentido de una excentricidad moral diferente.

En una población de una evolución menor los actos todos se agruparán más cerca del centro de gravedad, es decir, que los actos excéntricos y excepcionalmente nobles serán comparativamente tan raros como los actos malos; la ley no se preocupa del gran número de actos y se limita á fijar, en ciertas direcciones, al egoísmo y á las pasiones un límite más allá del cual comienzan las persecuciones y los castigos; es, pues, muy natural que una población de un grado de evolución más elevado, con igualdad de centro de gravedad, produzca un mayor número de actos inmorales, ya porque los actos de voluntad acentuada se manifiesten más frecuentemente por cabeza, ya también porque una excentricidad mayor aleja más á los individuos del centro tanto en el buen sentido como en el malo, mientras que una parte solamente de los actos de otra población merecen ser notados; así una fuerte ola, aun en una marea baja, se lanzará más fácilmente contra los muelles que una ola más débil en una marea más alta; de esa manera son los actos penables.

No es este el sitio de desenvolver más este asunto; nos contentaremos, pues, con mostrar cuán lejos está aún la estática moral del momento en que penetrará en la psicología; las obras sueltas no tienen importancia, y no debe olvidarse jamás que, si una crítica rigurosa tiende á colocarse en un terreno sólido, los detalles más insignificantes adquirirán gran valor, mientras que sistemas enteros de la especulación, después de haber esparcido momentáneamente una brillante luz, van á sepultarse bien pronto para siempre en los archivos de la historia.